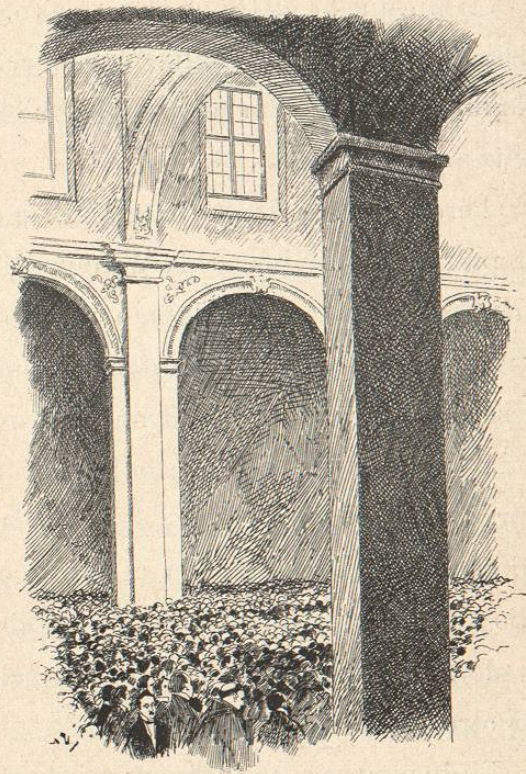


García, Mosso, Pacheco y Suárez Navarro para que fueran á Veracruz á dar la bienvenida á Santa Anna. El partido era una gusanera en que cada quien trataba de sacar el mejor trozo para sí ó para su santo. Pero mientras fermentaban y ardían anhelos personales, intereses de partido, ambiciones bastardas y deseos de figurar, tronó el cañón de Ulúa, y el paquete inglés *Avon* penetró en el puerto de Veracruz con su preciosa carga.

A las cuatro saltó á tierra el caudillo, y en medio de vivas y aclamaciones pasó bajo un arco, en que se quiso imitar «L'Etoile» de París. La misma diferencia que entre el hombre en honor de quien se levantó el arco de veras y Santa Anna, existía entre aquel prodigio y la construcción de mírame y no me toques.



Tronó el cañón de Ulúa, y el paquete inglés *Avon* penetró en el puerto de Veracruz



Tras un solemne *Te Deum*, Santa Anna entró á las magníficas habitaciones que se le habían preparado en Palacio, donde recibió las aclamaciones del pueblo y los besamanos de sus amigos.

Al fin quedó el General á solas con su camarilla. Su primer paso fué reconciliar á Pacheco y Haro con Suárez Navarro, y luego dar cuenta al gobierno de México de su feliz arribo.

Pero urgía lanzar la proclama de estilo, proclama que el público sabía no había de cumplirse; mas no por eso menos indispensable. Alamán remitió un modelo escrito en papel azul que condujo don Antonio Haro; otra envió desde Jalapa el General Tornel; otra mandó un incógnito, y la última, que don Antonio sacó del bolsillo, escrita por don Buenaventura Vivó á bordo del vapor, fué la adoptada. Santa Anna, con su hábito ordinario de mentir, dijo aún en presencia de Vivó, que él traía el documento desde San Thomas; pero no era aquello más verdad que las otras cosas que refería.

El documento, se lo figura cualquiera que conozca el género, era una larga serie de lugares comunes, encabezada por lo de MEXICANOS, y rematada con VUESTRO AMIGO ó VUESTRO CONCIUDADANO, ó VUESTRO COMPAÑERO DE ARMAS, como todo lo demás que constantemente salía á luz, sin que los pobres que recibían aquello se sintieran desilusionados en fuerza de fracasos.

El martes tres, salimos para la hacienda del Encero ó del Lencero, como le llamaban los puristas.

El Encero era entonces una linda propiedad que coronaba una colina, desde donde se veían, de un lado, la cordillera con todos sus primores, y del otro el mar con toda su majestad. La finca principal era una casa pintada de rojo, con portalería, y rematada por una torrecilla de cristales.

Allí nos aguardaba lo bueno; allí estaban los Lares, Rodríguez de San Miguel, el Padre Miranda, Medina, no sé, todo el mundo; unos, con comisión del cabildo; otros, con delegación de tal Estado; éstos, por encargo de la Excelentísima Diputación de tal cosa, ó el Ayuntamiento de aquí ó el comercio de allá ó los particulares de tal otra parte. Todo era paz, todo contento, todo alegría. Cada comisión que llegaba hacía salir al frente á su y á veces á sus representantes; y allí comenzaba el fuego graneado de adulaciones: Santa Anna resultaba político, economista, literato, protector de las ciencias, favorecedor de las artes, campeón de la iglesia, salvador de la patria, el primer hombre de México y el amigo de buenos.

Hidalgo, Morelos é Iturbide, resultaban unos chicuelos á quienes se miraba con desdén; Pedraza, Arista y Bustamante, unos monstruos y unos bandidos; el Padre Nájera y el Doctor Mora, unos infelices que jamás habían tenido talento, ni saber, ni nada.

Uno de aquellos días se anunció una diputación más, se alistó el salón, ocurrimos todos de veinticinco alfileres y nos dispusimos á oír lo que dirían aquellos crisóstomos. Era la delegación de Puebla, compuesta de tres licenciados, Ruiz, Cetina Abad y Galicia; el primero llevaba la palabra.

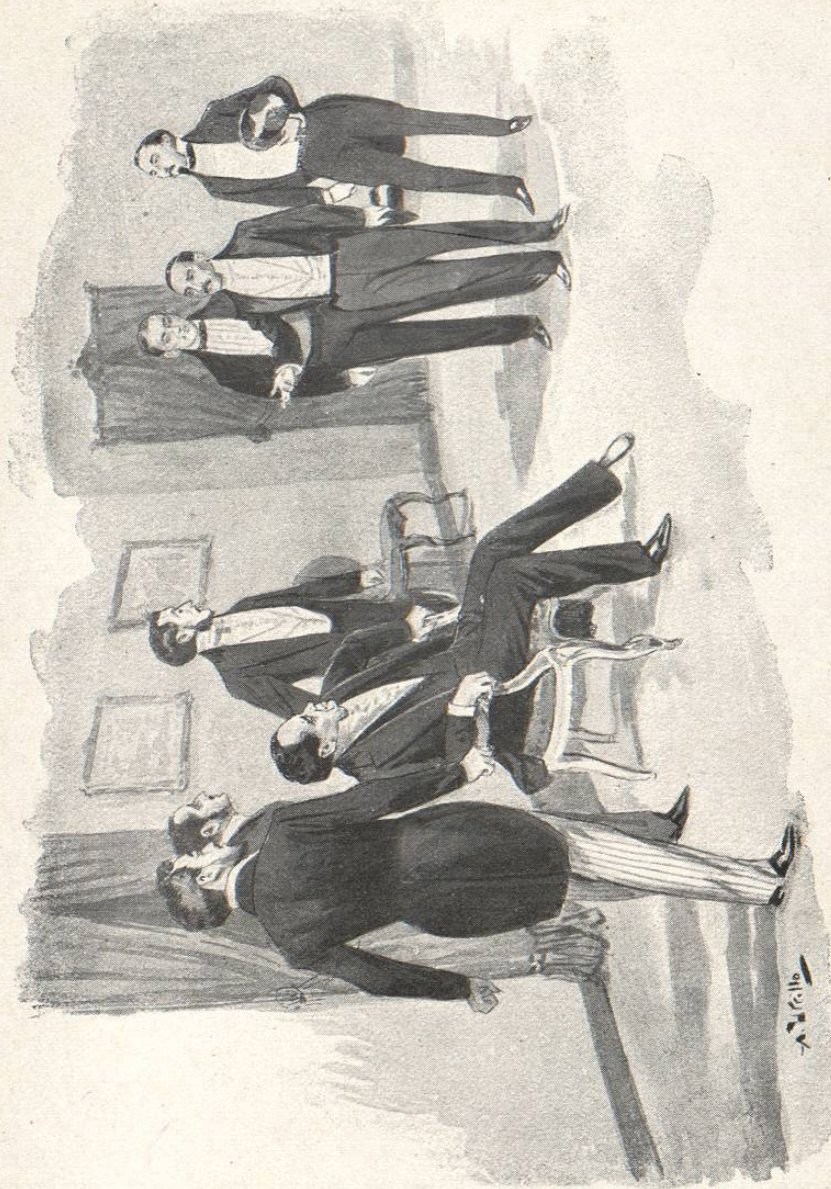
Las primeras las oímos con indiferencia; era lo de siempre: felicitaciones, parabienes, buenos deseos. A poco empezamos á fijarnos en el orador, bajito de cuerpo, trigueño, de bigote negro y ralo, de voz opaca, de modales encogidos y tímidos.

«Habéis venido, señor, decía don Joaquín Ruiz, no por el voto libre y espontáneo del pueblo, no por el afecto de vuestros pares; habéis venido mediante un cuartelazo, mediante una sedición militar afortunada, mediante un triunfo de la fuerza; habéis venido, en fin, mediante la abolición del gobierno legítimamente estatuido...»

Trató Santa Anna de hacer callar al orador, oyó éste un susurro de desaprobación; pero como si hubiera oído aplausos y vivas: hacía señal de que iba á seguir.

«Recordad las épocas luctuosas de vuestra historia; recordad cuando perseguido y errante habéis mendigado el auxilio y la acogida, y aprended por esas lecciones de la fortuna, el seso, la cordura y el verdadero patriotismo.»

Luego entró la parte agradable, en que se decían al



Trató Santa Anna de hacer callar al orador,

Presidente cosas dulces; pero el descontento ya estaba en todo su auge, y Ruiz había firmado su sentencia.

El once salimos del Encero; el catorce llegamos á Puebla; el diez y seis, saliendo de San Martín Texmelucan y tomando el camino desde el Peñón Viejo por el de los Baños, arribamos á la Villa de Guadalupe.

Todos los días se agregaba á la comitiva una nueva comisión, un caballero principal ó de antiguo título, un agiotista ó comerciante.

Ya que divisábamos algún simón destartalado que venía dando tumbos en las piedras del camino, alguna diligencia cansada ó algún rocín asmático montado por un fraile barrigón ó algún licenciado asustadizo, teníamos segura la felicitación.

Corrió entonces entre los cortesanos una anécdota, que no deja de tener su gracia. Don Antonio Haro fué á Veracruz con objeto de gestionar que su mortal enemigo, don Manuel Escandón, quedara desahuciado y sin derecho á una partícula cualquiera del afecto del Presidente. Contento y agradecido retornó á México el buen político, y se preparó á gozar de su triunfo. Pero el día de la entrada en la Villa, en el carruaje del General, recibiendo con él inciensos, halagos, vivas y plácemes, iba un hombrecillo pálido, enteco, con la cabeza blanca á pesar de sus cuarenta años, con levitilla de grano de oro, pantalón de dril y aspecto miserable. Era don Ma-

nuel Escandón, que se había perdido hacía unos días, y que aparecía al fin, suplantando á don Antonio Haro y llevando en el bolsillo el reconocimiento de un pésimo crédito de ochocientos mil pesos á favor de los arrendatarios de la renta del tabaco...

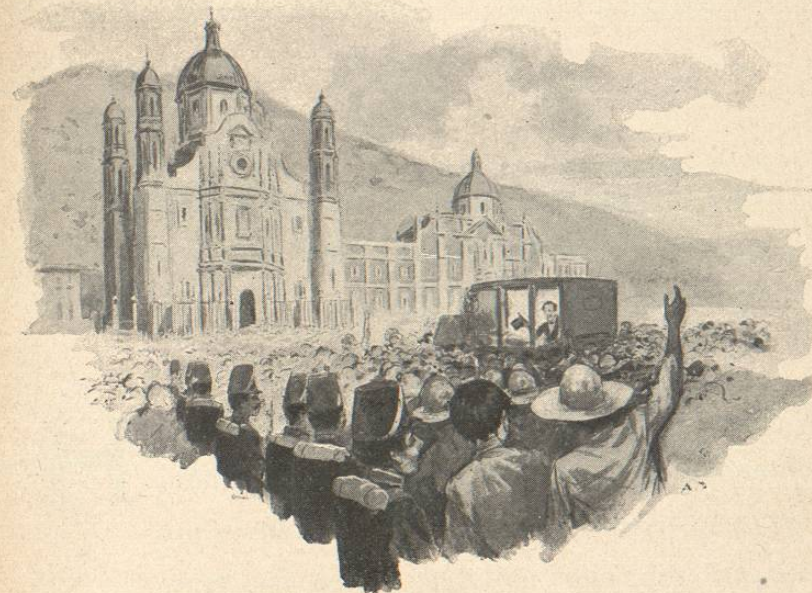
La entrada en Guadalupe se retardó de tal manera, que se llegó á pensar que al fin no llegaría el adorado caudillo; pero á eso de las cinco el cañón vino á quitar de dudas, anunciando que el salvador de México estaba cercano al venturoso monte que vió el prodigio guadalupano.

Las azoteas estaban llenas de gente; llenos de gente y carruajes la plaza y el cerro; reverberaban á la luz del sol, como ascuas de plata, las bayonetas del primer ligero mandado por Blancarte, tendido desde la puerta de la colegiata hasta la casa del señor Abad, donde descansaría S. E. Algunos liberales del género inocente llevaban banderitas que decían: «Libertad de Comercio», «Tolerancia de Cultos», «Constitución»; ya les darían sus tolerancias y sus libertades á aquellos pobres.

He visto después muchas recepciones de personas notables; pero ninguna que exceda en brillo y magnificencia á aquella, en que las roncadas voces de los cañones y las campanas se unían á la voz imponente del pueblo que gritaba vivas al hombre de quien esperaba su regeneración.

Santa Anna con botas de montar, levita, pantalón blanco y guantes de ante, daba las gracias con gesto casi soberano, ordenando á los ayudantes que no impidieran que el público se acercase al coche.

Estos ayudantes lo eran el General don Benito Zenea,



los tenientes coroneles Ordóñez y Silva, los comandantes Dara, Iturbide, y Argüelles y los capitanes Barragán y Moreno. A más de cuatro de estos ínclitos guerreros los llamaba la maledicencia con calificativos deshonrosos; pero nunca supe si la maledicencia tenía razón.

Los ayudantes no fueron poderosos, á pesar de su bizarria, para impedir que los léperos más desafortunados de la

reunión, quitaran las mulas y fueran tirando del carruaje hasta la Colegiata, donde bajó S. E.

Oyó el *Te Deum* que se cantó, rezó devotamente á la sagrada imagen, y luego, acompañado del señor Arzobispo, del clero Catedral y del de la Colegiata, entró á la habitación que se le destinaba.



CAPITULO XIII

Guerra intestina en el campo santanista. Suárez sin ministerio

EN cualquiera otro hombre habría constituido una inferioridad, una falta notoria é imperdonable, lo que en Santa Anna formaba el mérito mayor: no tener parecer ni opinión conocidos, no contar con ideas ni programa de gobierno. Pero esto mismo hacía que todos los partidarios, todos los partidos, todos los credos y todas las ideas, lo consideraran materia dispuesta y se valieran de él como de un instrumento maravilloso.

Por eso, al rededor del jefe brillaban al mismo tiempo Alamán y Lerdo de Tejada, Juan José Baz y Rodríguez de San Miguel. Cumplido y Basadre, centralistas y fede-